

termina. Abba es un nombre de dignidad, y padre es un nombre de naturaleza (*De la madre María Jacoba de Blemur.*).

B.

Origen de la fiesta de la Asuncion.

La fiesta de la Asuncion de nuestra señora, que podemos llamar la corona de todas las demás fiestas que la iglesia celebra en honor de ella, es una de las más antiguas, como se conjetura por una carta de Sofronio á santa Paula y su hija. El autor era contemporáneo de S. Gerónimo, á quien muchos atribuyen aquel escrito. Es verdad que Nicéforo refiere que el emperador Mauricio hizo celebrar esta fiesta por todo su imperio; pero no ha de entenderse esto de su primera institucion, sino de un edicto del príncipe para introducirla en Oriente como ya lo estaba en la iglesia latina. La octava la añadió el papa Leon IV, que habia sido hijo de S. Benito antes de ser padre de todos los fieles. Moviése á esta devocion aquel pontífice para pagar el beneficio que la ciudad de Roma habia recibido de la poderosa reina de los cielos, cuando la libró de un espantable basilisco. El venerable Pedro, abad de Cluny, cuenta otra maravilla muy averiguada en su tiempo: á saber, que las velas que se encendieron en la iglesia de santa María la mayor la víspera de esta solemne fiesta, se encontraron al concluir el día siguiente tan enteras como cuando se encendieron, y eso que habian arvido veinte y cuatro horas. Jorge Codino, diligente historiador del imperio griego, cita una costumbre notable que se observaba en la corte de Constantinopla. Al acabar de comer entraban dos oficiales en la sala, y al punto se levantaba el emperador sosteniéndole dos pajes por debajo de los brazos para que se mantuviese firme y ejecutase con respeto la ceremonia siguiente. Un oficial llevaba vino en una copa de oro con una servilleta, y el otro un plato de oro con un pedazo de pan llamado *panagia*: al acercarse hacian una profunda reverencia al emperador, y este por su parte se inclinaba ante el pan y el vino misteriosos, mientras gritaban los asistentes: *Pa-*

nagia, panagia. El maestro de ceremonias ofrecia el pan y el príncipe comia un pedazo: despues bebia un trago de vino y daba el sobrante á todos los oficiales deseándoles larga vida y toda suerte de bendiciones. Habiendo indagado muchos el origen de esta ceremonia, un escritor moderno dice lo siguiente en el Reloj de los griegos: sostiene que la institucion de los santos apóstoles y que despues de la muerte de nuestro señor Jesucristo cuando comian ya en público, y privadamente, dejaban siempre vacío el puesto preeminente en memoria de su amado maestro, con quien tantas veces habian tenido la honra de comer. Hacia el fin de la comida repartian el pan cantando estas palabras: *Gloria sea dada á nuestro Dios, Padre, Hijo y Espiritu Santo. El nombre de la santísima Trinidad es grande. Señor Jesus, asístenos.* Desde Pascua hasta Pentecostés añadian: *El Señor ha resucitado.* Mas sucedió que habiéndose trasladado todos á Jerusalem para asistir al tránsito de nuestra señora, cuando volvieron de Gelsemani al cenáculo (á los tres días de aquel suceso), un día que practicaban esta santa costumbre despues de comer, apareció en el airo la madre de Dios rodeada de luz y de gloria; lo cual les causó no menos alegría que admiracion. En medio de tan agradable sorpresa exclamaron todos á una voz: *Panagia Deipara, adjuva nos;* es decir: *Madre de Dios toda santa, ayúdanos.* A lo que respondió ella con semblante muy apacible y majestuoso: *Yo estoy con vosotros para siempre.* Oh madre incomparable! qué consolatoria es esta promesa! ¡Qué agradables son estas palabras! Sirvete de cumplirlas y permanece eternamente con tus hijos, que son todos los fieles de la iglesia y aquellos que tu divino hijo quiso honrar con el título de hermanos suyos, segun sabemos por el santo Evangelio.

Pero ¿no era justo que habiendo sido coronada nuestra señora reina del cielo y de la tierra y soberana del imperio de su hijo participase esta buena nueva á los santos apóstoles antes de saberla el mundo; pues el señor Jesus habia observado la misma conducta despues de su gloriosa resurreccion, y estando para subir á su eterno Padre les manifestó su potestad y su ánimo de estar eternamente con ellos y con sus

sucesores? Es un motivo de grandísimo consuelo para los hijos y siervos de la madre de Dios en particular y para toda la iglesia en general que se dignase la Virgen de usar las mismas palabras del Salvador para prometernos su asistencia hasta el fin de los siglos. Es verdad que ella tiene algún interés, porque participa del cetro de su hijo de un modo singular; los dos tienen los mismos dominios, los mismos súbditos, la misma potestad, con la diferencia de que lo que pertenece de derecho á nuestro señor Jesucristo, solo se concede á su santa madre por gracia y favor. Pero aparte de esta distinción la voluntad del rey de la gloria es que su amabilísima madre sea la superintendente absoluta de su estado, que disponga con él de sus vasallos, que tenga el nombramiento de todos sus oficiales: quiere que ella examine la conducta de estos, vele sobre el modo de cumplir sus cargos, firme las gracias que les otorga, extienda las órdenes y obre como soberana con él. Por esto se la llama con mucha razón gobernadora de la iglesia, que es el reino espiritual del hijo de Dios, como explicaremos en otro lugar con mas extension.

Sin embargo conviene notar aquí que no en vano se le apropia el honorífico título de reina de los ángeles, de los patriarcas, de los profetas, de los apóstoles, de los mártires, de los confesores, de las vírgenes y en general de todos los santos y justos, y que no es solamente por la eminencia de su gracia y de su gloria sobre todos ellos, sino porque dispone completamente de ellos como su reina y señora segun su voluntad y la necesidad de las cosas á que los aplica.

El ángel que instruíra á santa Brigida, le dijo un día que no sin secreto consejo se habia quedado la Virgen santísima en la tierra despues de la ascension de nuestro Señor; que su calidad de regente de la iglesia lo exigia así; que ella empleó este tiempo para instruir á los apóstoles en los misterios que no tenían otro testigo que ella sola; que consolaba á los santos mártires proponiéndoles la paciencia con que habia sufrido el Salvador sus indecibles dolores; que exhortaba las vírgenes al silencio, al retiro, á la piedad y á evitar tanto la ambición como la ociosidad: en fin era la mujer fuerte que gobernaba la casa en ausencia del esposo con un

cuidado singular y una bondad dulcísima. Pero me aparto de mi asunto. En otro lugar hablaremos de los importantísimos servicios que hizo á la iglesia: ahora fijémonos en nuestro misterio y veamos cómo favorece la Virgen santísima á los que veneran su triunfo.

Venancio Fortunato, antiguo poeta eclesiástico, compuso el himno *O gloriosa domina*, cuyas primeras palabras denotan el ensalzamiento de nuestra augusta reina y le agradan tanto, que dió una insigne prueba de ello. La relacion que voy á hacer, está sacada de la crónica de S. Francisco en el año de 1222, á los quince de la fundacion de esta órden. Sucedió pues que deseando saber el guardian del convento de Alanguer en Portugal qué himno de los que usa la iglesia agradaba mas á la Virgen santísima, ordenó al novicio mas estimado en su corto rebaño se lo preguntase á la madre de Dios. Quedó sorprendido el manebro de este mandato; pero no se alrevió á contradecir á su superior, ni aun á examinar si era razonable la obediencia que le habia impuesto. Echóse á los pies de una imagen de nuestra señora de la Misericordia y le hizo la pregunta propuesta por su superior. La Virgen le respondió con suma bondad que era el himno *O gloriosa domina*; á lo cual replicó el novicio: Señora, supuesto que me has concedido una gracia que yo no me hubiera atrevido á esperar, permíteme te haga presente una pena que atormenta mi corazón, y es que mi superior tomará tu respuesta por un sueño mio y no la creerá. Pues bien, dijo la bondadosísima señora, consiento en calmar tu congoja y en darte una prueba que te librará de toda sospecha: ve á buscar á ese guardian tan severo y dile de mi parte que para justificar mi palabra y la tuya venga aquí ahora con su comunidad y verá en mi brazo derecho á mi amado hijo, que hasta el presente ha descansado en el izquierdo. Diciendo esto le pasó de un brazo al otro á vista del devoto novicio, el cual enajenado de gozo corre á referir al guardian lo sucedido no pudiendo ponderar bastante la incomparable bondad de la reina del universo.

No menos admirable es lo que voy á contar, sacado del Menologio de S. Benito y que pertenece singularmente á la fiesta de la Asuncion de nuestra señora. Mientras la reina Isa-

bel, tan famosa por la persecucion contra los católicos, gobernaba la Inglaterra, entraron de órden suya los herejes en el monasterio de Maja en Hibernia poseídos de ciego furor: los cuarenta monjes que allí moraban, viendo que no era pacífica la acituda de los sectarios y queriendo morir al pie del altar, se juntaron delante del santísimo sacramento, donde esperaron la consumacion de su holocausto con una constancia digna del espíritu que los animaba; de suerte que hallándolos los calvinistas en tal disposicion les cortaron la cabeza y los dejaron anegados en su propia sangre. Durante esta cruel tragedia estaba fuera del monasterio el cillerero y no volvió hasta que ya se habían marchado los herejes. ¿Cuál seria su turbacion cuando encontró el monasterio abandonado y sin ninguno de sus hermanos! Al punto sospechó que los herejes habian pasado por allí; pero no le quedó duda alguna cuando descubrió toda la dichosa comunidad tendida en el suelo y nadando en un lago de saagre y el coro de la iglesia convertido en un matadero. Lo único que pudo hacer en tan lamentables circunstancias, fué derramar lágrimas sobre los santos mártires, envidiar la suerte de ellos y lamentarse de su propia desgracia: eran tan dolorosos sus gemidos y tan tiernos sus lamentos, que hubieran causado compasion á las almas mas endiabladas. Lo que mas aumentaba su pena, era el no poder celebrar el oficio de la Asuncion, en cuya vigilia se estaba, por ser sólo para cantar visperas, y porque como dice la Escritura, la música y las lágrimas no hacen buena pareja. Arrodillóse pues y clamó en la amargura de su corazon: Ya sabes, Virgen santísima, nuestra única señora y protectora, con qué esmero, zelo y amor has sido honrada siempre en esta casa, con qué reverencia se han celebrado todas tus fiestas; ¿por qué pues permites que quede sin celebrarse la gran solemnidad de hoy? Estaba tan conmovido, que la madre de Dios se tomó el trabajo de consolarle de una manera que será la admiracion de todos los siglos. Oye primeramente sonar las campanas del monasterio sin que nadie las tocase, y luego ve levantarse del suelo todos los cuerpos muertos de los santos mártires cogiendo cada uno su cabeza y poniéndola en su sitio natural: en seguida se colocan en sus asientos y el abad entona las vis-

peras, que son continuadas por aquella ilustre comunidad; pero con un canto tan dulce y armonioso, que no hubo jamás una música tan deliciosa. Cada mártir tenia una raya encarnada al rededor del cuello, una corona en la cabeza y una palma en la mano, y con esta figura majestuosa cantaron el oficio de la reina de los mártires en presencia del devoto cillerero, que estaba absorto de semejante prodigio. Concluidas las visperas, los monjes volvieron á su estado anterior y descansaron segunda vez en el Señor.

Este milagro metió mucho ruido en la Hibernia, y ciertamente puede contarse como uno de los mas singulares que han acontecido en la iglesia de Dios. Por él vemos que el hijo y la madre miden sus favores por nuestras necesidades y que estando los irlandeses vacilantes en la fé, era necesario confortarlos con alguna eficaz medicina.

Digamos dos palabras de la piedad de S. Esteban, rey de Hungría, para con la madre de Dios, á quien veneraba de todo corazon, pero particularmente en calidad de soberana: se alegraba tanto de sus grandezas y le tenia tanto respeto, que mandó á llamarla *la gran señora* en todo su reino; y con efecto nadie era osado de pronunciar el santo nombre de María sino hincado de rodillas. En las conversaciones familiares no se pronunciaba jamás por nó rebajarle: en su lugar se decía nuestra señora ó nuestra buena señora. Mas porque nuestro Señor prueba á sus amigos para coronar su paciencia, sobrevinieron muchas desgracias á aquel santo rey: perdió todos sus hijos, fué acometido de diversas enfermedades y amenazado de rebeldes y conjurados contra su persona y reino. Es verdad que era mas de la Virgen que de él despues de haberse ofrecido solemnemente poniendo su corona y cetro y todo su poder en manos de la reina del cielo y queriendo ser reputado únicamente por uno de sus humildísimos siervos.

En esto sucedió que el emperador Conrado, príncipe ambicioso, resolvió conquistar la Hungría y ocuparla á la fuerza colopostando un hecho tan poco cristiano con algunas razones de estado. El rey Esteban supo que todas las tropas del imperio estaban ya en las fronteras de su reino y que se adelantaban á jornadas dobles para sorprenderle; pero lejos de sobrecoger-

se de terror con tan fatal nueva dió las órdenes oportunas para poner un dique á aquel torrente, y sabiendo que el reino pertenecía á la madre de Dios se postró delante de su imagen é hizo esta breve oracion: «Si quieres, señora soberana del cielo y de la tierra, que una parte de tus dominios sea asolada por los enemigos y destruido este nuevo plantel de tu adorabilísimo hijo Jesucristo; te ruego no permitas que se impute esto á mi poca confianza en tu proteccion, sino á disposicion de tu voluntad: si el pastor ha merecido algun castigo por sus pecados, que pague él solo la pena, y no consientas, si lo tienes por bien, que las inocentes ovejas sean afligidas por su causa.» Levantóse y salió á campaña con las tropas que pudo reunir poniéndose él á la cabeza con un valor invencible; pero apenas habia andado media jornada, un correo le trajo la noticia de la retirada del ejército imperial por haber recibido los generales orden de volver á Alemania. Sin duda esta orden fué comunicada de arriba, porque el emperador no tuvo conocimiento de ella. Es verdad que se sometió y que sinceramente arrepentido abandonó desde entonces sus proyectos, y el santo rey gobernó cuarenta y dos años su pueblo con mucha sabiduría y piedad. En fin quiso Dios coronar sus buenas obras con una muerte preciosa el día mismo de la Asuncion de nuestra señora segun los vehementes deseos que habia tenido siempre de celebrar el triunfo de la Virgen con los espíritus bienaventurados, y entregó el alma al Criador con unos sentimientos de piedad que admiraron á todo el reino.

S. Pedro Damiano refiere una historia tan célebre en la ciudad de Roma, que para conservar la memoria de ella se grabó con letras de oro en una tabla de mármol blanco colocada al lado del altar mayor de la iglesia de nuestra señora del Pórtico. Dice pues que en el año 1072 una mujer de Roma vió entre los que asistian al oficio de la Asuncion, á una amiga suya que habia muerto hacia algun tiempo. Sorprendida sobremanera de un encuentro tan inesperado miraba atentamente á aquella mujer y no podia dar crédito á lo que veia: concluidos los divinos oficios rompe por entre la gente, se acerca á ella y le pregunta si no es falana. La misma, respondió la difunta. Pues ¿cómo te presentas con los vivos, repuso la otra, siendo

del otro mundo? ¿En qué estado te encuentras? ¿Qué buscas aquí? Aquella alma le participó que habia padecido las terribles penas del purgatorio; pero que en la noche de aquella gran festividad la madre de Dios habia pedido su libertad y la de otros muchos y que habia sáado del purgatorio mas almas que las que habia entonces en la ciudad de Roma. Como la otra mujer tuviese dificultad en creer las palabras de la difunta, le dijo esta que al cabo de un año las confirmaria con su muerte; y en efecto descansó en Dios segun la prediccion.

Concluyamos el discurso de esta fiesta disponiéndonos para alabar mil y mil veces á la reina que es objeto de ella. Un día reveló á santa Gertrudis que cuantas palabras pronuncian los fieles en honra suya, son otros tantos florones de oro que siembran en su ropaje; pero que ella los recibe solo para pagárselo con usura y ponerlos en estado de comparecer ante su divino hijo y todos los santos de un modo mas agradable, de suerte que las personas interesadas ó desinteresadas hallan igualmente ventaja. Las unas la sirven sin otra mira que la de agrada-la; las otras que no son tan desprendidas, lo hacen con la esperanza de que las proteja. Y sin duda lo hará: basta poner sus intereses en manos de ella, porque nada perece en las de una madre tan buena y poderosa (*Adicion de la madre M. J. de Blemur*).

C.

En el obispado de Saint-Brieux y distrito de Gouello tenemos á nuestra señora de la Cuna. Los naturales del país crean por tradicion que en otro tiempo fueron honrados con la cuna de la madre de Dios, en memoria de lo cual todos los años se llevaban á una especie de altar que habia quedado de las ruinas de la antigua capilla, frutos de la tierra, lino, piezas de hilo y cosas semejantes, queriendo la Virgen ser venerada como antes en aquel lugar. En el año 1634 sucedió que paseándose un hidalgo llamado Felipe de Halegoet con su mujer Claudia de Barrin por el bosque donde estaban las ruinas de aquel edificio, distante solamente un cuarto de legua de su hacienda de Lostang, como hablasen de un negocio que los traia dis-

gustados, hicieron voto de que si les salía á medida de su deseo por la intercesion de la madre de Dios, reedificarían la capilla; lo cual aconteció así al poco tiempo. No fueron infieles á su promesa los dos esposos, sino que con toda diligencia procuraron reedificar á sus expensas y con auxilio de sus amigos la casa de nuestra señora. El altar mayor está dedicado á la madre de Dios, y los otros dos á sus dichosos padres S. Joaquin y santa Ana. El piadoso hidalgo nombró sacristan de la capilla á un hijo suyo, no pareciéndole nada humilde ni bajo cuando se trata de servir á la reina del cielo y de la tierra. Desde entonces las ofrendas de los devotos se emplean en adornar el santuario, que se halla en muy buen estado. Todos los días se dicen muchas misas: se hacen novenas; y las procesiones de las parroquias de la comarca van allí anualmente el día de la natiuidad de nuestra señora, que es la fiesta titular.

Su Santidad ha concedido indulgencia plenaria á los fieles que la visiten en tal día, y Dios para premiar la piedad de los devotos otorga infinitas gracias á los que recurren á su sacratísima madre. Hablo como de una época presente y de una experiencia del día, cuyos testigos están vivos; pero aunque nuestra señora derrama sus beneficios sobre toda clase de personas, parece no obstante que son privilegiados los niños, como que se aproximan mas á su purísima infancia. Habiendo caido al agua muchas de estas criaturas inocentes y habiéndolos encomendado sus padres á nuestra señora de la Cuna, salieron salvos y sin ningun daño. Estando enfermo de una apostema en la garganta, que se juzgaba mortal, el hijo mayor de Gregorio Halegoet, de edad de tres años, experimentó la eficacia de la intercesion de la Virgen, porque apenas el padre hizo un voto por él, se reventó la apostema y quedó curado el niño. Al día siguiente fué á cumplir el voto con una vela en la mano, y daba gusto ver al tierno peregrino andar á pie un cuarto de legua para dar gracias á su poderosa libertadora.

A los dos años estando el mismo niño con veinte y seis personas en una barca en el río Triguier, se fué esta á pique, y solo él y una mujer embarazada se libraron de aquel gran peligro por la proteccion de nuestra señora de la Cuna, á quien se encomendó de todo corazón: una mano invisible le sacó del

agua y le restituyó sano y salvo á la ribera con admiracion de los que presenciaron tal portento.

Esta divina madre ha alcanzado sucesion para algunas mujeres estériles que hicieron votos en la capilla de la Cuna. Se compondria un tratado voluminoso si hubiéramos de hablar de las maravillas que allí se obran todos los días; pero por la calidad de nuestra obra no podemos extendernos mas en cada artículo (*Añicion de la madre M. J. de Blemur*).

D.

Nuestra señora de la Delibranda.

A tres leguas de la ciudad de Caen en la diócesis de Bayeux, está la famosa capilla de nuestra señora de la Delibranda, á donde concurren en devota peregrinacion no solo los del pais, sino los de otros muy distantes. Fué edificada por san Regnoberto, segundo obispo de Bayeux, y la destruyeron los dinamarqueses el año 830. En este lastimoso estado subsistió doscientos años y quizá no hubiese salido nunca de él, si la Virgen santísima no hubiese manifestado que la enojaba tan largo interregno. Permitted pues que un pastor de Balduino, conde de Bessin, que moraba entonces en Douvres, advirtiese que un carnero se separaba siempre del rebaño y escarbaba con la pata y el asta en cierto sitio, donde se tendia cuando se cansaba de su trabajo. El pastor se lo contó á su amo, quien juzgó que no era de despreciar aquel aviso: llamó pues á un santo ermitaño y trasladándose al mismo lugar con muchos nobles y gente del pueblo mandó descubrir la tierra donde escarbaba el carnero, y se halló la imagen de la Virgen santísima que tantos milagros ha obrado despues. Fué conducida en solemne procesion á la iglesia de Douvres; mas no permaneció allí mucho tiempo, porque un ángel la puso otra vez en el sitio donde habia descansado y donde queria ser venerada la madre de Dios.

Entrando el conde en este plan hizo construir la capilla que ahora se ve, y la donó al cabildo de Bayeux. Desde entonces se ha servido Dios de hacer muchísimos milagros á favor

de los que ponen su confianza en el poder de María. La capilla está llena de votos de los que han alcanzado gracias por su intercesión. Allí se ve una cadena de un comerciante de Normandía, que fué apresado por los turcos en el mar y sujeto con tan recias cadenas, que le encorbaba el peso de ellas. En tamaña aflicción se ofreció á nuestra señora de la Delibranda, y fué tan afortunado, que la Virgen quebrantó las cadenas y le sacó del cautiverio; pero dejándole la cadena que llevaba al cuello, la cual no pudo romperse por ninguna industria humana. En este estado vino á presentarse á su libertadora, y hallándose en la capilla cayó por sí el pesado collar; con lo que coronó la Virgen tan señalado beneficio. Voy á referir otra historia, que puede servir para enseñar á muchos cuánto desta nuestro Señor la avaricia.

Viéndose afligida de una hambre cruel la Normandía; un rico avariento que tenía atestados de trigo los graneros, no consintió en remediar la miseria pública con la esperanza de que subiese el precio de los granos. Dominado de la maldita avaricia un domingo en lugar de ir á misa se fué á recrear con la vista de sus graneros; pero apenas abrió la puerta, vió un millon de ratones que devoraban el trigo guardado con tanto cuidado y reservado para sacar una ganancia desmedida. Aquella espantosa muehedumbre de animales hediondos dejando entonces el trigo se abalanzaron al logrero y empezaron á morderle por todos lados, y presto hubieran acabado con él, si el castigo no le hubiese abierto los ojos del alma. Arrepentido sinceramente pidió perdón á Dios é hizo voto de ir todos los domingos á nuestra señora de la Delibranda y mandar decir allí una misa, si la Virgen se apiadaba de él. ¡Ah! Sería el primero á quien la bondadosa señora hubiera dado repulsa. En el mismo punto desaparecieron todos los ratones. El avaro convertido cumplió fielmente su promesa toda su vida y obligó á sus herederos á continuar la misma devoción. Los que quierán saber los demás milagros obrados en este santuario, podrán verlos en el tratado de Roberto Genalis, obispo de Arranches, y en el P. Fossard, religioso franciscano: yo solamente digo que la devoción va en aumento de día en día. Allí acuden en procesion los habitantes de Caen y Bayeux,

y todas las parroquias y comunidades religiosas pagan anualmente este tributo á la madre de Dios. Sor Lorenza de Eudos, abadesa del real monasterio de la santísima Trinidad de Caen, ofreció á nuestra señora su casa, su persona y sus religiosas durante una enfermedad contagiosa que affligía á todo el pais: fué tan grata á la Virgen la piedad de la abadesa, que dispensó á su comunidad una protección que podría pasar por millagrosa. Desde que hizo el voto, no dejaba la abadesa de enviar todos los años á la capilla el día de nuestra señora de los Dolores los capellanes y criados de la abadía, para que renovasen su homenaje á la Virgen, y remitía alguna dádiva. Generalmente tenían comunión todas las personas que moraban en el monasterio, hasta las educandas, y puede decirse que aquella buena abadesa dejó esta devoción como en herencia á sus monjas.

Hizo erigir una hermosísima capilla bajo la advocación de nuestra señora de los Angeles, donde se reza el oficio de la noche en invierno, y en lo restante del año las religiosas hacen frecuentes visitas á la madre de Dios. (*Añadición de la madre Maria Jacoba de Blemur.*)

E.

Nuestra señora de Soissons.

Sería necesario un larguísimo discurso para tratar de las maravillas de nuestra señora de Soissons, abadia de monjas benedictinas, donde existe una sandalia de la Virgen santísima que obra muchos milagros. Fué fundada en el año 658 por san Drausino, y desde entonces acá ha sido siempre favorecida por la madre de Dios con mucho consuelo de las afortunadas religiosas que viven bajo de su dependencia. El P. D. Miguel German, monje muy docto de la congregacion de S. Mauro, ha publicado esta historia; yo no citaré mas que un solo ejemplo entre muchos que trae para manifestar con qué particular conato mira la Virgen por esta casa.

Habiendo saqueado los calvinistas la ciudad de Soissons en el año 1567 y queriendo abolir el sacrosanto sacrificio de la misa y la veneracion de los santos, derribaron las iglesias;

destruyeron los altares, profanaron los ornamentos y vasos sagrados, hicieron pedazos las imágenes, quemaron las reliquias de los santos y cometieron todo género de crueldades contra los eclesiásticos. Solo la abadía de nuestra señora se libró del furor de los herejes por el valimiento de la princesa Catalina de Borbon, hermana del de Condé, que era la abadesa. No pudiendo los frenéticos sectarios hacer daño á nuestra señora (porque se lo habia prohibido el príncipe pena de la vida) cercaron con guardias el monasterio, para que nadie se escapase. Mas los soldados que estaban de centinela por la noche, solian oír un estrépito de armas y veían guerreros pertrechados de armas blancas, que al parecer rondaban por las tapias de la abadía para degollarlos. Contáronlo á sus capitanes, los cuales se quejaron á la abadesa, que habitaba entonces en el palacio episcopal para evitar que los sectarios prendiesen fuego á las iglesias restantes y cometiesen aun mayores desórdenes en la ciudad. La princesa que sabia lo contrario, les aseguró que no habia ningun hombre en la abadía excepto algunos eclesiásticos viejos é incapaces para tomar las armas. Mas al instante se los mandó salir. Entretanto los soldados continuaban viendo por la noche guerreros armados, y los oficiales entraron á registrar el monasterio, donde no encontraron á nadie; de lo cual quedaron en extremo corridos. A la noche siguiente se asustaron los continelas mas que las anteriores, y ni uno siquiera se atrevió á quedarse en el cuerpo de guardia. El día de la Anunciacion de nuestra señora salieron los herejes de la ciudad sin saber quién los echaba, no conociendo ó no queriendo conocer el poder de la capitana de los ejércitos de la iglesia. La abadesa que pensaba de diversa manera y conoció bien que se debía á aquella la suspirada libertad, mandó componer una antífona y una oracion, que se rezan todos los días en la iglesia en accion de gracias por tamaño beneficio, y el día de la Anunciacion se canta solemnemente al fin de la misa con repique de campanas.

Hugo Farsy trató extensamente la historia de esta santa casa, así como las maravillas de nuestra señora de Laon, de la que se cree que era canónigo (*Adicion de la madre Maria Jacoba de Blemur*).

INDICE.

	Páginas.
Advertencia del traductor.	V
Prefacion de los editores franceses.	VII
Dedicatoria.	XXIX
Plan del autor.	XXXI

TRATADO PRIMERO.

ORIGEN DE LAS CORONAS.

Discurso fundamental del tratado primero.	1
Capitulo I. Del titulo de madre de Dios, verdadero origen de todas las grandezas de la gloriosa virgen Maria.	3
§. I. <i>De la excelcencia del titulo de madre de Dios.</i>	3
§. II. <i>Que el titulo de madre de Dios es el origen y la medida de todas las grandezas de la Virgen.</i>	14

PRIMERA ESTRELLA Ó GRANDEZA DE LA CORONA DE EXCELENCIA DE LA MADRE DE DIOS.

Capitulo II. Que Maria es la primogénita de las simples criaturas por el derecho de su predestinacion eterna.	20
---	----